

RENOVACIONES

La duración de una revista no es ninguna garantía de sus logros. Un par de números, tras lo cual una repentina extinción, pueden significar más en la historia de una cultura que un siglo de publicación continuada. En sus tres años, la *Athenaeum* puso en órbita al Romanticismo alemán. La explosión de ira de la *Revue Blanche*, la primera revista de la vanguardia moderna, iluminó París durante apenas una década. *Ief* cerró después de siete números en Moscú. Fueron revistas en la intersección de la innovación estética con la filosofía y la política. Las revistas de crítica a menudo han sobrevivido más tiempo: *The Criterion*, en distintas encarnaciones, durante la mayor parte del período de entreguerras; *Scrutiny*, de la década de 1930 a la de 1950. Las causas del cierre pueden ser externas, incluso accidentales, pero por regla general la vitalidad de una revista va unida a la de aquellos que la han creado. Hay casos heroicos, en los que un solo individuo puede desafiar al tiempo componiendo un monumento personal: Kraus escribiendo *Die Fackel* en solitario durante veinticinco años; Croce igualando la hazaña con *La Critica*. Por lo general, los ciclos vitales de las revistas son más adventicios y dispersos. Los editores se pelean, cambian de parecer, se aburren o se arruinan, en su mayoría mucho antes de que ellos mismos reciban sepultura.

Una revista política está tan sujeta a los incidentes de la mortalidad como cualquier otra. En cierto sentido, lo está aún más, en la medida en que lo político es siempre un *Kampfplatz*, un campo de divisiones, que rompe vínculos e impone conflictos. A este respecto, naufragar a causa de disputas o escisiones resulta más frecuente que en cualquier otro lugar. Por lo demás, sin embargo, las revistas políticas tienen una razón de ser diferente que hace de la renovación posterior a su primer impulso una prueba que les es específica. Se adhieren a determinados principios objetivos, así como a la capacidad que éstos ofrecen de descifrar el curso del mundo. A este respecto, el enmudecimiento editorial significa una derrota intelectual. Desde luego, las constricciones materiales o institucionales pueden truncar una publicación periódica en la flor de su vida. Pero, de no ser por tales circunstancias, a las revistas políticas no les queda otra opción: para seguir siendo fieles a sí mismas deben aspirar a prolongar su vida real más allá de las condiciones o las generaciones que les dieron origen.

Esta revista, que ahora entra en su quinta década, ha llegado a ese punto. Cuarenta años suponen un importante período de actividad, aunque no extraordinario: *Les Temps Modernes*, de la que la *New Left Review* aprendió bastante en sus primeros tiempos, se mantiene desde hace mucho más tiempo. Pero es suficiente para plantearse una revisión general. Con este número damos comienzo a una nueva serie de la revista, marcada por un cambio de numeración, de acuerdo con la tradición radical, y por un nuevo diseño de la publica-

ción, como señal de los cambios que habrán de llegar. Encargado, por el momento, de la transición a otro estilo de revista, algo que no se consigue de la noche a la mañana, expongo a continuación mi propia visión de la situación actual de la *NLR*, así como de las orientaciones que sería conveniente que tomara. Anunciado como un «editorial», el resultado es, sin embargo, una declaración personal y, por lo tanto, provisional: expuesta a la contradicción. Así serán también los editoriales que acompañen a cada número, escritas por otros sobre temas de su interés, sin que haya que presuponer ningún acuerdo automático.

1

Toda consideración acerca del futuro de la *NLR* debe partir de su *differentia specifica*. ¿Qué ha hecho de ella una revista característica de la izquierda? Cabrían varias respuestas a esta pregunta, pero la más sencilla y sucinta es la siguiente: ninguna otra revista de este tipo ha intentado atravesar los mismos dominios, que abarcan desde la política, la economía, la estética, la filosofía, incluida la sociología, con las mismas libertades de extensión y detalle exigidas en cada momento. Esta extensión nunca ha sido ecuaníme o regularmente explorada, haciéndose, por consiguiente, caso omiso de las dificultades para moverse entre registros de escritura tan completamente diferentes, a expensas incluso de los lectores más pacientes. Pero, en efecto, ha sido aquí donde se ha definido el carácter de la *New Left Review*. Ésta es una revista política con base en Londres que ha intentado tratar las ciencias sociales y morales –la «teoría», si se prefiere–, las artes y las costumbres –la «cultura», para ser concisos– con el mismo espíritu histórico que corresponden a lo político. El mejor modo de aferrar la situación presente de la revista consiste en volver la mirada al contexto en el que el formato de la *NLR* fue concebido originalmente, haciendo posible la combinación de estos intereses. La coyuntura de principios de la década de 1960, cuando la revista cobró forma en manos de un nuevo colectivo, presentaba los siguientes rasgos:

- Políticamente, un tercio del planeta había roto con el capitalismo. Pocos albergaban dudas acerca de los despropósitos del dominio de Stalin, o de la falta de democracia en cualquiera de los países que se declaraban socialistas. Pero el bloque comunista, incluso en su momento de división, seguía siendo una realidad dinámica: Isaac Deutscher, escribiendo en la *NLR*, pudo ver en el conflicto chino-soviético un signo de vitalidad¹. Krushchev, visto como un «revolucionario romántico» por los actuales historiadores de Rusia, hizo la promesa de reformas en la URSS. El prestigio de la China maoísta seguía prácticamente intacto. La revolución cubana era un nuevo faro en Latinoamérica. Los vietnamitas combatían con éxito contra Estados Unidos en el sudeste asiático. El capitalismo, pese a su estabilidad y prosperidad en sus zonas centrales del Norte, estaba amenazado, y sentía que lo estaba, en la mayor parte del mundo circundante. Incluso en casa, en Europa occidental y Japón, movimientos comunistas de masas seguían posicionándose en contra del orden establecido.
- Intelectualmente, el descrédito de la ortodoxia estalinista después de 1956 y el ocaso del consenso doméstico del período de la Guerra Fría después de 1958 dio pie a un proceso de descubrimiento de tradiciones ahogadas de la izquierda y del marxismo que, en las condiciones de inanición británicas, cobró visos de fiebre teórica. Empezaron a circular hebras alternativas de un marxismo revolucionario ligado a la política de masas: luxemburguistas, trotskistas,

¹ «Three Currents in Communism», *NLR* 23, enero-febrero de 1964.

maoístas, comunistas consejistas. Simultáneamente, los distintos legados del marxismo occidental nacido de la derrota de la política de masas, desde la época de Lukács, Korsch y Gramsci en adelante, se presentaban susceptibles de reactivación. En la influencia de estas tradiciones occidentales resultó crucial su continuidad hasta aquel momento: Sartre, Lefebvre, Adorno, Marcuse, Della Volpe, Colletti, Althusser, eran autores contemporáneos que producían nuevos textos mientras entraban en imprenta los números de la *NLR*. El aislamiento británico respecto a los citados modelos continentales hizo que el contacto con éstos, repentino y concentrado, tuviera un efecto embriagador.

- Culturalmente, la salida de la atmósfera conformista de la década de 1950 recubría un fenómeno mucho más amplio e igualmente brusco. Los dos marcadores dominantes del período son el surgimiento de la música rock en tanto que omnipresente banda sonora de la revuelta juvenil, en contraposición a la producción, por regla general empalagosa, del período previo: una forma popular que reclamaba por igual una ruptura estética, así como una efervescencia social. Por su parte, Gran Bretaña lideraba esta transformación, cuyos efectos convulsivos estaban lejos aún de convertirse en rutina, como posteriormente habría de ocurrir. El segundo desplazamiento crítico fue el surgimiento del cine *d'auteur* como concepción y proyecto. A este respecto resultó decisiva la influencia de los *Cahiers du Cinema* y de la *nouvelle vague* que surgió de ésta. En esta recepción, la posición otorgada a los directores clásicos de Hollywood por parte de los cineastas franceses abrió un bucle que definió en gran medida el período. En efecto, el nuevo predominio del cine y la música liberó una dialéctica entre planos de referencia «altos» y «bajos» en la vida cultural de la década de 1960, que, en retrospectiva, aparece como un rasgo distintivo. Juguetona o seria, la facilidad de circulación entre ambas sin grandes tensiones debía mucho a la corriente teórica más importante del momento, aparte del marxismo, que fue el estructuralismo. La importancia del primer Barthes o de Lévi-Strauss (*Mythologies* o *Tristes Tropiques*), que proporcionaban un método común para el estudio de cada una de ellas, fue crucial para la mediación entre las formas altas y bajas. Recuperando el legado del formalismo ruso, se trataba de un estructuralismo cuyas preocupaciones continuaban siendo perfectamente coherentes con las de la izquierda cultural.

2

En este triple contexto, la *NLR* acometió una serie de programas que en aquel momento resultaron innovadores para el mundo de habla inglesa. Políticamente, la revista orientó su brújula hacia los movimientos antiimperialistas en el Tercer Mundo y, aunque los reflejos delatores de la estrechez de miras seguían teniendo fuerza en la izquierda británica, reunió a un equipo cuyos intereses abarcaron con el tiempo buena parte del planeta: América Latina, África Negra, Oriente Medio, Asia oriental y sudoriental, todas y cada una de estas áreas estaban representadas. En casa se desarrollaron una serie de argumentos característicos acerca del Reino Unido, que llegaron a tener una cierta influencia. De ahí que, cuando se produjo la explosión de finales de la década de 1960 en Occidente, desencadenada por la guerra de Vietnam –la revuelta estudiantil, en primer lugar y, más tarde, la irrupción de los trabajadores–, la *NLR* ocupaba una posición favorable para jugar un cierto papel en el posterior alboroto, consiguiendo atraer así a un público internacional de lectores a mediados de la década de 1970.

Intelectualmente, la revista dedicó buena parte de sus energías a la introducción y la recepción crítica de las diferentes escuelas del pensamiento marxista occidental, una empresa lo suficientemente abultada como para tenerla ocupada durante casi una década. El estructuralismo, el formalismo y el psicoanálisis también estuvieron presentes y textos canónicos o material de referencia, que a menudo eran publicados por primera vez, surcaron sus páginas. En estos frentes la *NLR* estaba bastante por delante de la cultura circundante, sentando las bases de un horizonte de referencia más cosmopolita y radical de cuanto resultaba fácilmente asequible en cualquier otro punto del mundo de habla inglesa.

Asimismo, culturalmente, la revista desarrolló nuevos estilos de intervención, uniendo el interés por las artes tradicionales al compromiso con las formas de vanguardia y a intervenciones sobre el cine y la música populares. La famosa serie de artículos de Peter Wollen sobre directores de cine, o, pongamos por caso, la *Dialectic of Fear*, de Franco Moretti, son ejemplos de esa libertad de movimientos entre terrenos «altos» y «bajos». Las iniciativas a que dio lugar esta ebullición se resisten a toda clasificación estrecha. Era un período creativo.

3

Cuatro décadas más tarde, el entorno en el que cobró forma la *NLR* prácticamente se ha disipado. El bloque soviético ha desaparecido. El socialismo ha dejado de ser un ideal extendido. El marxismo ya no predomina en la cultura de la izquierda. Incluso el laborismo se ha disuelto en su mayor parte. Decir que estos cambios son enormes sería insuficiente. No puede decirse que hicieran callar a la revista. Cada uno a su manera, distintos escritores ligados a la revista respondieron enérgicamente a la coyuntura de 1989. En diferentes registros, cabría incluir el «Fin-de-Siècle: Socialism After the Crash», de Robin Blackburn; «Our Post-Communism: The Legacy of Karl Kautsky», de Peter Wollen; *The Golden Age is Within Us*, de Alexander Cockburn; «The Ends of Cold War», de Fred Halliday; *Faces of Nationalism*, de Tom Nairn; «Radicalism after Communism», de Benedict Anderson; *Fear of Mirrors*, de Tariq Ali, y la lista podría continuar². Sería interesante explorar la variedad de estas reacciones, así como de otras contribuciones publicadas por la revista. Cabe discrepar a la hora de apreciarlas. Pero, en su conjunto, la tradición de la revista ha salido airosa sin desdoro.

Sin embargo, diez años después del derrumbe del comunismo el mundo ha cambiado, y una de las condiciones para el relanzamiento de la revista consiste en una aproximación específica y sistemática a su estado actual. ¿Cuál es el aspecto principal de la pasada década? En pocas palabras, puede definirse como la consolidación prácticamente irrefutable, unida a su difusión universal, del neoliberalismo. Lo cual no entraba del todo dentro de lo previsto. Por más que los años 1989-1991 contemplaran la destrucción del comunismo del bloque soviético, no podía darse por descontado, incluso para sus paladines, que un capitalismo de libre mercado sin trabas se llevaría todos los premios tanto en Occidente como en Oriente. Muchos disidentes del Este, progresistas euro-occidentales y conservadores estadounidenses previeron un cierto «reequilibrio» del paisaje global; la izquierda recobraría tal vez un cierto aliento vital una vez

² Respectivamente: *NLR* 185, enero-febrero de 1991 (Blackburn); *NLR* 202, noviembre-diciembre de 1993 (Wollen); Verso, 1994 (Cockburn); *NLR* 180, marzo-abril de 1990 (Halliday); Verso, 1997 (Nairn); *NLR* 202, noviembre-diciembre de 1993 (Anderson); Arcadia, 1998 (Ali).

liberada del abrumador legado moral del estalinismo, mientras los corporativismos japonés o renano demostrarían su superioridad, tanto en el plano de la igualdad social como de la eficiencia económica, respecto a Wall Street o la City. Éstas no eran opiniones aisladas, estaban refrendadas por prestigiosos expertos. Todavía en 1998, Eric Hobsbawm y los antiguos redactores de *Marxism Today* seguían anunciando esperanzados el fin del neoliberalismo³.

En la práctica, la tendencia de la época se ha movido en la dirección contraria. Cinco procesos interconectados han transformado radicalmente el escenario:

- El capitalismo estadounidense ha reafirmado estruendosamente su predominio en todos los campos –económico, político, militar, cultural– con un *boom* sin precedentes que dura ya ocho años. Por más sobrevalorados que estén los activos de Wall Street, bajo el fardo de la deuda privada familiar, y a pesar de los actuales déficit de la balanza comercial, lo indudable es que la posición competitiva fundamental de las empresas estadounidenses se ha reforzado decisivamente.
- La socialdemocracia europea, que se ha hecho con el gobierno en distintos lugares de Europa, ha reaccionado a las bajas tasas de crecimiento económico y al elevado desempleo del continente con un giro generalizado hacia el modelo estadounidense, con la aceleración de la desregulación y la privatización, no sólo de las industrias, sino también de los servicios sociales, a menudo más allá de los límites de los anteriores regímenes conservadores. Gran Bretaña ocupa el primer puesto en desregulación, pero Alemania e Italia puján por ponerse a su altura, mientras Francia se queda rezagada, más por sus palabras que por sus hechos.
- El capitalismo japonés se ha precipitado en una profunda recesión, de ahí que, junto con el coreano, se vea cada vez más presionado a fin de que se doblegue a los modelos de desregulación, con el consiguiente aumento del desempleo. En otra parte de Asia, la República Popular de China está ansiosa por ingresar en la OMC prácticamente a cualquier precio, confiando en que las presiones competitivas del capital extranjero acabarán con las industrias estatales, sin que su gobierno tenga que asumir responsabilidad alguna por su destino; entre tanto, por primera vez, la India ha pasado a depender de buena gana del FMI.
- La nueva economía rusa, el eslabón más débil en el sistema del mercado global, no ha provocado ningún tipo de respuesta popular, a pesar de una regresión catastrófica en términos de volumen de producción y esperanza de vida. Confía ahora en la estabilización de su oligarquía financiera bajo un liderazgo plebiscitario capaz de centralizar el poder y privatizar la tierra.

Se están produciendo imponentes cambios socioeconómicos que van abriéndose camino en todo el planeta y que ya han sido canonizados por el estudio entusiasta de Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, *The Commanding Heights*. Estos cambios han venido acompañados de dos movimientos complementarios, uno político y otro militar:

- Ideológicamente, el consenso neoliberal ha encontrado un nuevo punto de estabilización en la «tercera vía» de los gobiernos Clinton-Blair. Esta fórmula victoriosa, que sella el triunfo del mercado, no pretende impugnar, sino con-

³ «The Death of Neo-Liberalism»; *Marxism Today*, número especial, noviembre-diciembre de 1998.

servar el placebo de una autoridad pública compasiva, ensalzando la compatibilidad de la competencia con la solidaridad. El núcleo duro de las políticas gubernamentales consiste en la prosecución del legado Reagan-Thatcher, en ocasiones con medidas que sus predecesores no se atrevieron a decretar: reforma de la seguridad social en Estados Unidos y de las tasas académicas en el Reino Unido. Pero ahora se rodea cuidadosamente de concesiones secundarias y una retórica más blanda. El resultado de esta combinación, que en la actualidad se extiende por toda Europa, es la eliminación del potencial conflictivo de los regímenes pioneros de la derecha radical y el riguroso exterminio de la oposición a la hegemonía neoliberal. Podría decirse que, por definición, el modelo TINA (*«there is no alternative»*)⁴ sólo cobra toda su fuerza cuando un gobierno alternativo demuestra que no quedan políticas alternativas creíbles. Para dar el golpe de gracia a la socialdemocracia europea o acabar con la memoria del *New Deal* eran indispensables los gobiernos de centro-izquierda. En este sentido, y adaptando la máxima de Lenin que dice que «la república democrática es el armazón político ideal del capitalismo», podríamos decir que la «tercera vía» es en la actualidad el mejor armazón ideológico del neoliberalismo. Apenas cabe considerar accidental el hecho de que la teorización más ambiciosa e intransigente del ultracapitalismo como orden global, *The Lexus and the Olive-Tree*, de Thomas Friedman, sea al mismo tiempo una cínica alabanza de la hegemonía mundial estadounidense y una defensa incondicional del clintonismo, bajo el lema «hoy en día no es aconsejable ser globalizador si uno no es socialdemócrata»⁵.

- Por último, la Guerra de los Balcanes ha redondeado la década con una demostración diplomático-militar del ascendente de esta constelación. La comparación con la Guerra del Golfo indica hasta qué punto se ha reforzado el Nuevo Orden Mundial desde comienzos de la década de 1990. Bush tuvo que movilizar un vasto ejército para repeler la invasión iraquí de Kuwait, en el nombre de la protección del suministro de petróleo a Occidente y de una dinastía feudal, sin que consiguiera ni derrocar al régimen de Bagdad ni arrastrar a Rusia, que continúa siendo impredecible, a la alianza contra éste. Clinton ha doblegado a Serbia con los bombardeos sin que un solo soldado haya tenido que pegar un tiro, en nombre del imperativo moral de parar la limpieza étnica, lo que con toda probabilidad no tardará en rematar con la supresión del régimen de Belgrado; y consiguió enrolar a Rusia sin grandes esfuerzos en la fuerza de ocupación en el papel simbólico de tropa auxiliar. Mientras tanto, China, tras la destrucción de su embajada poco antes de la respetuosa visita de su primer ministro a Estados Unidos, ha colaborado dócilmente en la utilización de la ONU como pantalla para el protectorado de la OTAN en Kosovo, dejando claro que no va a permitir que nada estropee sus buenas relaciones con Washington. Por su parte, la Unión Europea se siente a sus anchas como compañera de armas de Estados Unidos y une sus esfuerzos para la reconstrucción generosa de los Balcanes. En este sentido, la victoria en Kosovo no ha sido sólo militar y política. Ha sido además un triunfo ideológico que determina un nuevo modelo de intervención en

⁴ Frase pronunciada por Margaret Thatcher para condensar la situación en la que se producía la aplicación de sus políticas neoliberales. [N. del T.]

⁵ *The Lexus and Olive-Tree*, New York, 1999, p. 354. En una vena semejante, Yergin y Stanislaw terminan su recorrido entusiasta del triunfo de los mercados a escala mundial con un homenaje a Blair, artífice de la «extraordinaria hazaña de fundir los valores socialdemócratas de equidad e integración con el programa económico thatcheriano»: *The Commanding Heights*, New York, 1999, p. 390.

favor de los derechos humanos en todo el planeta, de acuerdo con la interpretación de los mismos por Washington: no hay por qué aplicarlo al caso de los chechenos o los palestinos. La sociedad creada por la refriega capitalista de los últimos veinte años necesitaba un baño de buena conciencia. La operación Fuerza Aliada se lo ha proporcionado.

4

La atmósfera intelectual en los países avanzados, que se extiende bastante más allá de sus fronteras, refleja estos cambios. Aunque el grueso de la inteligencia occidental parecía satisfecha con el *statu quo*, con una minoría más inquieta e imaginativa empujándola hacia la derecha, la izquierda siguió teniendo una presencia importante en la mayoría de los principales países capitalistas a lo largo de la década de 1980, por más que se produjeran cambios importantes: los británicos se volvieron menos conservadores, mientras que a los italianos y los franceses les sucedía lo contrario, etc. Con la homogeneización de la escena política en la década de 1990, cabía esperar a su vez una *Gleichschaltung*⁶ de la opinión aceptable. A finales de la década, este proceso ha empezado a cobrar ritmo. Si echamos una ojeada al espectro de lo que era la izquierda tradicional, antes socialista, son dos los tipos de reacción predominantes ante la nueva coyuntura.

El primero es la acomodación. En su hora de triunfo generalizado, el capitalismo ha convencido a muchos que antaño lo consideraban un mal evitable de que es un orden social necesario, saludable y equilibrado. Los que se han sumado, explícita o tácitamente, a la «tercera vía» son ejemplos obvios. Pero la gama de disfraces a través de la cual se puede llegar a la acomodación es mucho más extensa y resulta de hecho compatible con una actitud escéptica o incluso burlona hacia los oleógrafos oficiales, Blumenthal-Campbell, del nuevo orden: comprende desde el franco reconocimiento de la superioridad en toda línea de la empresa privada, sin demasiados aderezos, hasta la omisión pura y simple de la cuestión de los regímenes de propiedad en su conjunto. Una de las consecuencias de esta modificación del clima ideológico en sentido lato consiste en que se hace cada vez menos necesario expresar una postura sobre estos temas, a medida que se ven expulsados al extrarradio de los debates importantes. La retractación ruidosa es bastante rara; lo más común es limitarse a cambiar de tema. No obstante, la profundidad de la componenda real puede verse en episodios como el de la Guerra de los Balcanes, donde el papel de la OTAN sencillamente se dio por descontado como una componente normal y conveniente del universo político por parte de una amplia franja de opinión que jamás habría soñado hacerlo hace diez o veinte años. La actitud de fondo es: hay capitalismo para largo, vamos a llevarnos bien con él.

El mejor modo de describir el segundo tipo de reacción es en términos de consuelo⁷. Aquí no nos topamos con una componenda sin principios y los ideales de antes no se abandonan, sino que llegan incluso a reafirmarse incondicional-

⁶ El término *Gleichschaltung* [coordinación, unificación] se utiliza para definir la estandarización, homogeneización y sincronización de las instituciones políticas, económicas y sociales en los Estados totalitarios. [N. del T.]

⁷ Lógicamente, hay una tercera reacción posible al curso de los tiempos, esto es, ni acomodación ni consuelo: a saber, la resignación; en otros términos, un reconocimiento lúcido de la naturaleza y del triunfo del sistema, sin pretensiones de adaptación ni ilusiones vanas, pero también sin fe alguna en las posibilidades de cualquier alternativa. Sin embargo, una conclusión tan amarga rara vez se articula como posicionamiento público.

mente. Pero frente a lo desalentador de las perspectivas, hay una inclinación humana natural a encontrar resquicios de esperanza en algo que de lo contrario se presentaría como un entorno abrumadoramente hostil. La necesidad de albergar un mensaje de esperanza estimula la inclinación a sobreestimar la importancia de los procesos contrarios, a apoyar acciones inapropiadas con posibilidades desinteresadas, a alimentar ilusiones acerca de fuerzas imaginarias. Probablemente, ninguno de los que nos situamos en la izquierda quedamos a salvo de esta tentación, que puede incluso buscar una justificación en la regla general de las consecuencias inesperadas derivadas de toda transformación histórica: el sentido dialéctico según el cual, inesperadamente, las victorias pueden generar a su vez vencedores sobre las mismas. También es cierto que ningún movimiento político puede sobrevivir sin ofrecer a sus adherentes un cierto alivio emocional, que en períodos de derrota involucrará inevitablemente elementos de resarcimiento psicológico. Sin embargo, las tareas de una revista intelectual son otras. Su primera obligación consiste en proporcionar una descripción precisa del mundo, con independencia de su orientación moral. Tanto más si tenemos en cuenta que hay un terreno intermedio en el que consuelo y componenda pueden superponerse: es decir, cualesquiera cambios en el orden establecido, calculados para fortalecer su dominio, son saludados como pasos hacia su disolución, o tal vez incluso como una transformación cualitativa del sistema. El recién publicado *End of Utopia*, de Russell Jacoby, ofrece mordaces reflexiones sobre algunos aspectos de la cuestión.

5

¿Qué tipo de postura debería adoptar la *NLR* ante esta nueva situación? Creo que la actitud general debería consistir en un realismo intransigente. Intransigente en dos sentidos: negándose a toda componenda con el sistema imperante y rechazando toda piedad y eufemismo que puedan infravalorar su poder. De ello no se desprende ningún tipo de maximalismo estéril. La revista debería expresar siempre su solidaridad con los esfuerzos en favor de una vida mejor, por más modesta que sea su envergadura, pero puede apoyar todo tipo de movimiento local o de reforma limitada, sin pretender además que alteren la naturaleza del sistema. Lo que no puede, o no debería hacer, es dar crédito a las ilusiones de que el sistema avanza en una dirección de progreso, o bien sostener mitos conformistas de que es urgente y necesario protegerle de las fuerzas reaccionarias: actitudes manifiestas, por poner dos ejemplos recientes, en las muestras de adhesión hacia la princesa y el presidente por parte de la izquierda *bien-pensant*, como si la monarquía británica necesitara más popularidad o la presidencia estadounidense mayor protección. Este tipo de histeria merece un ataque sin contemplaciones.

Los llamamientos a tradiciones venerables o a instituciones establecidas para, por así decirlo, vivir con arreglo a sus propias normas constituyen un asunto de otro cariz. Buena parte de la mejor escritura de la izquierda en nuestros días intenta tomar al pie de la letra las convenciones dominantes, tratando la hipocresía oficial, el desajuste entre las palabras y los hechos, como el homenaje que el vicio debe rendir a la virtud, que promete un final feliz. Ésta fue la orientación clásica privilegiada y practicada con elocuencia por la primera New Left. Muchas contribuciones a la revista continuarán redactándose en estos términos y habrá que juzgarlas por sus, a menudo considerables, méritos. Sin embargo, hay un peligro con este tipo de discurso. La línea entre lo deseable y lo facti-

ble puede no quedar clara, dando pie a la mistificación en torno a las realidades del poder y a lo que racionalmente cabe esperar de éstas. A este respecto, es mejor que no quede ninguna ambigüedad. La prueba de la capacidad de la *NLR* para dar con un tono político particular debería radicar en la frecuencia con la que sea capaz de sobresaltar a sus lectores, llamando al pan pan y al vino vino, en vez de caer en una gazmoñería bienintencionada o engañarse a sí misma acerca de la izquierda. Hoy en día, es el espíritu de la Ilustración, antes que los evangelios, lo que más nos hace falta.

6

Una década no hace una época. El gran golpe neoliberal de la década de 1990 no es ninguna garantía de poder perpetuo. Desde una perspectiva histórica más amplia, cabe hacer una lectura más esperanzada de la época. Después de todo, éste ha sido también un período en el que ha sido derrocada la dictadura de Suharto en Indonesia; la tiranía clerical en Irán ha perdido vigor; en Venezuela, una oligarquía venal ha sido expulsada; el *apartheid* ha terminado en Sudáfrica; los distintos generales y sus relevos civiles han sido doblegados en Corea y la liberación venció al final en Timor Oriental. Éstos no eran movimientos que gozaran de la confianza de los inversores occidentales, como la tuvo la primavera de los pueblos en Europa. Un punto de vista optimista los consideraría como los gérmenes de un próximo ajuste de cuentas: los últimos actos de una continua emancipación de las naciones, que constituye el verdadero proceso de democratización a escala mundial y cuyo resultado apenas estamos aún en condiciones de imaginar. Otra versión apuntaría más bien a la atenuación general de la jerarquía de los sexos, gracias a las presiones a escala mundial en favor de la emancipación de las mujeres, como relato cardinal de la época; o bien al aumento de la conciencia ecológica, que incluso los Estados más recalcitrantes se ven ahora obligados a respetar. Lo común a todas estas visiones es la insinuación de que el capitalismo podrá ser invencible, pero que finalmente podría resultar soluble en las aguas profundas de mayores cotas de igualdad, desarrollo sostenible y autodeterminación, de modo que olvidáramos su existencia.

De ser así, tales profundidades siguen siendo insondables. La extensión de la democracia como sustituto del socialismo, como esperanza o reivindicación, queda en evidencia ante el vaciado de esa misma democracia en sus tierras natales capitalistas, por no hablar de sus adjuntas poscomunistas: disminución constante de los porcentajes de participación electoral, aumento de la corrupción financiera y mediatización letal. Por regla general, el vigor no pertenece a la aspiración democrática desde abajo, sino a la asfixia del debate público y de la diferencia política desde arriba por parte del capital. La fuerza de este orden no descansa en la represión, sino en la adulteración y la neutralización, y hasta el momento ha logrado resolver sus retos más recientes con destreza. Las conquistas de los movimientos feministas y ecologistas en el mundo desarrollado son reales y de agradecer: se trata de los elementos más importantes del progreso humano en estas sociedades de los últimos treinta años. Pero hasta la fecha han demostrado ser compatibles con los hábitos de la acumulación. Lógicamente, han contribuido en buena medida a una normalización política. El comportamiento de las feministas en Estados Unidos y de los Verdes en Alemania, países en los que respectivamente es más fuerte cada uno de estos movimientos, al servicio del gobierno de Clinton en la Casa Blanca y de la OTAN en los Balcanes, habla por sí mismo.

Esto no quiere decir que alguna otra fuerza en los países capitalistas avanzados haya mostrado una mayor cuota de antagonismo contra el *statu quo*. Salvo raras excepciones, Francia en el invierno de 1995, la clase trabajadora lleva veinte años aletargada. Su condición no es un mero resultado de los cambios económicos o de los desplazamientos ideológicos. Fueron necesarias violentas luchas de clases para sojuzgarla en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Aunque algo menos acobardados en Europa, los trabajadores siguen a la defensiva en todas partes. El único punto de partida para una izquierda realista en nuestros días es una lúcida constatación de una derrota histórica. El capital ha repelido punto por punto todas las amenazas contra su dominio, las bases de cuyo poder, las presiones de la competencia por encima de todo, fueron persistentemente infravaloradas por el movimiento socialista. Las doctrinas de la derecha que han teorizado el capitalismo como un orden sistémico conservan todo su implacable vigor; en comparación, los actuales intentos de engalanar sus realidades por parte de un sedicente centro radical no pasan de floja operación de relaciones públicas. Entre los que siempre creyeron en el valor primordial de los mercados libres y en la propiedad privada de los medios de producción se cuentan muchas figuras de alto tenor intelectual. No se puede afirmar lo mismo de la reciente cosecha de expurgadores y especialistas de belleza, que sólo ayer deploraban la repugnancia del sistema que hoy se encargan de acicalar.

Para la izquierda, la lección del siglo pasado es la enseñada por Marx. Su primer cometido es prestar atención al desarrollo real del capitalismo como una compleja maquinaria de producción y beneficio, en constante movimiento. *The Economics of Global Turbulence*, de Robert Brenner, que ocupó todo un número de la *NLR*, proporciona el ejemplo adecuado⁸. En el horizonte no aparece aún ninguna agencia colectiva capaz de medirse con el poder del capital. Vivimos un tiempo, mientras la ingeniería genética se cierne amenazante, en el que la única fuerza revolucionaria capaz en este momento de perturbar su equilibrio parece ser el propio progreso científico: las fuerzas productivas, tan detestadas por los marxistas convencidos de la primacía de las relaciones de producción cuando el movimiento socialista seguía aún con vida. Pero si acaso las energías humanas para un cambio de sistema vuelven a liberarse, lo harán desde dentro del metabolismo mismo del capital. No podemos darle la espalda. Sólo en la evolución de este orden cabría encontrar los secretos de otro. Éste es el sentido de investigaciones como la de Robin Blackburn en la *NLR* acerca de la marcha de las instituciones financieras⁹. Aquí no hay certezas; a lo sumo cabe hacer propuestas y conjeturas teóricas.

7

Ideológicamente, la novedad de la situación presente descolla desde una perspectiva histórica. Puede expresarse de la siguiente manera. Por primera vez desde la Reforma, ya no se dan oposiciones significativas, es decir, perspectivas sistemáticamente opuestas, en el seno del mundo del pensamiento occidental; tampoco, apenas alguna, a escala mundial, si dejamos a un lado las doctrinas religiosas como arcaísmos inoperantes en su mayor parte, como parecen indicarnos las experiencias de Polonia e Irán. Con independencia de las limitacio-

⁸ *NLR* 229, mayo-junio de 1998; está prevista la publicación de una edición aumentada en Verso [así como una próxima edición en castellano de esta última, *La dinámica económica de la turbulencia global*, en la colección «Cuestiones de antagonismo», Akal, Madrid. [N. del T.]

⁹ «The New Collectivism», *NLR* 233, enero-febrero 1999, e incluido en el presente número.

nes que continúan impidiendo su ejercicio, el neoliberalismo como conjunto de principios impera sin fisuras en todo el globo: la ideología más exitosa de la historia mundial. Lo que esto implica para una revista como la *NLR* es una discontinuidad radical en la cultura de la izquierda, cuando ésta se renueva generacionalmente. En ningún otro aspecto es más agudo el contraste con el contexto original de la revista. Todo el horizonte de referencia en el que se formó la generación de la década de 1960 prácticamente ha sido barrido del mapa: los hitos del socialismo reformista y revolucionario por igual. A la mayoría de los estudiantes, la lista de los nombres de Bebel, Bernstein, Luxemburg, Kautsky, Jaurès, Lukács, Lenin, Trotsky, Gramsci les resulta hoy tan remota como una lista de obispos arrianos. Cómo retejer hilos de significado entre el siglo pasado y éste sería uno de los cometidos más delicados y difíciles que debería arrostrar toda revista que se tome en serio el término «izquierda». No parece que haya muchos carteles indicadores que ayuden a acometerlo.

Si echamos una ojeada a las tradiciones intelectuales más cercanas en el tiempo e influencia a la primera *NLR*, a primera vista la situación no parece mucho mejor. La mayor parte del corpus del marxismo occidental ha quedado también fuera de la circulación general: Korsch, el Lukács de *Historia y conciencia de clase*, casi todo Sartre y Althusser, la escuela de Della Volpe, Marcuse. Lo que mejor ha sobrevivido es menos directamente político: en lo esencial, la teoría de la Escuela de Frankfurt del período de posguerra y algunas obras escogidas de Benjamin. En nuestro país, Raymond Williams ha sido arrinconado, casi como Wright Mills en Estados Unidos hace veinte años; Deutscher ha desaparecido; el nombre de Miliband habla de otro tiempo.

Por otra parte, la historia de las ideas no es un proceso darwiniano. Los principales sistemas de pensamiento rara vez desaparecen, como si se tratara de otras tantas especies extinguidas. Aunque ya no quedan comprendidas dentro de un contexto coherente, algunas hebras de estas tradiciones han seguido demostrando una notable vitalidad. Podríamos decir que la historiografía marxista británica ha conseguido ser leída a escala mundial, algo que nunca había sucedido con anterioridad, gracias a *The Age of Extremes* de Hobsbawm, que probablemente permanecerá como la interpretación del siglo pasado más influyente en éste en tanto que historia global de una victoria desde el punto de vista de los vencidos. El trabajo de Jameson sobre la posmodernidad, heredero directo del marxismo continental, no tiene equivalentes fieles como versión cultural de la época. Robert Brenner nos ha proporcionado el único análisis económico coherente sobre el desarrollo capitalista desde la Segunda Guerra Mundial; Giovanni Arrighi, la proyección más ambiciosa de su evolución a largo plazo. Tom Nairn y Benedict Anderson son voces de primer orden acerca de las ambigüedades políticas del nacionalismo moderno. Régis Debray ha desarrollado una de las teorías más sistemáticas acerca de los medios de comunicación de masas contemporáneos de que disponemos en la actualidad. Terry Eagleton en el campo literario, T. J. Clark en las artes visuales y David Harvey en la reconstrucción de la geografía son figuras centrales para todos aquellos interesados en estas disciplinas.

Es suficiente la enumeración de estos nombres para darse cuenta de que no es concebible su unificación forzosa dentro de un único paradigma. La diversidad de los diferentes métodos, intereses y acentos es demasiado vasta. Aunque en cierta medida ello es consecuencia de la fragmentación de la cultura de la

izquierda, es también una expresión de desinhibición creativa y de diversificación de las líneas de investigación. Respecto a estas últimas, la revista debería aspirar a presentar un paisaje inteligible en el que las distintas series de trabajos encuentren una relación recíproca accesible.

Al mismo tiempo, hay un espectro intelectual más extenso, de origen poco o nada marxista, que se define de izquierda en sentido lato y que continúa hoy en movimiento. Si consideramos los campos de la filosofía, la sociología y la economía, habría que incluir los trabajos de Habermas, Derrida y Barry; Bourdieu, Mann y Runciman; Stiglitz, Sen y Dasgupta. Aquí podemos comprobar cómo se entrecruzan los cambios de una posición a otra: pensadores antes moderados se van radicalizando a medida que la hegemonía neoliberal se va haciendo absoluta, mientras que otros antaño más radicales se van adaptando a elementos del saber convencional. Pero hay un rasgo común a buena parte de este abanico de trabajos, más importante que estos remolinos: la combinación de una atrevida ambición intelectual y una amplia síntesis disciplinar con un compromiso tímido o trivial en el propio campo político, lo cual constituye un eco lejano del mundo vigoroso y apasionado de Weber, Keynes o Russell. Aquí se dejan ver particularmente las consecuencias de la extirpación de todas las continuidades de la tradición socialista, por más indirecta que pudiera ser la relación con esta última. El resultado característico es un espectáculo de impresionante energía y productividad teórica, el producto de cuya suma social es sensiblemente menor que sus partes intelectuales.

En contraposición, dominando el campo de las construcciones directamente políticas del momento, la derecha ha proporcionado una visión elocuente tras otra de hacia dónde va el mundo o dónde se ha detenido: Fukuyama, Brzezinski, Huntington, Yergin, Luttwak, Friedman. Se trata de escritores que combinan una tesis sencilla y poderosa con un estilo popular locuaz, destinado, no tanto a lectores académicos, sino a un público internacional amplio. Este género confiado, del que hasta el momento Estados Unidos ostenta prácticamente el monopolio, no tiene equivalentes en la izquierda. En el mejor de los casos, los programas normativos de «democracia cosmopolita» o de la «ley de los pueblos», que ponen entre paréntesis o eufemizan el curso real de las cosas, siguen siendo la alternativa defectuosa. La *NLR* tampoco se ha ocupado demasiado del tema. Ésta debería ser una de sus prioridades. Es poco probable que esa desigualdad en el terreno intelectual se modifique sensiblemente antes de que se produzca un cambio en la correlación política de fuerzas, que probablemente permanecerá estable a no ser que estalle una profunda crisis económica en Occidente. Sólo una depresión de proporciones no muy distintas de la del período de entreguerras estaría en condiciones de zarandear los parámetros del consenso actual. Lo cual no es razón suficiente para dejar pasar el tiempo, polémico o analítico, mientras tanto.

8

Asimismo, el panorama cultural apenas se asemeja a aquél en el que floreciera la primera *NLR*. Tres cambios fundamentales han definido el lapso de tiempo transcurrido. En primer lugar, ha habido un imponente desplazamiento de dominación de los códigos verbales a los visuales, con la preponderancia de la televisión sobre cualquier otro medio de comunicación anterior, seguido ulteriormente del ascenso de los *media* electrónicos, con el cual se ha reproducido

do tecnológicamente ese mismo corrimiento. Por supuesto, este modelo ha determinado la llegada de las formas posmodernas en general. En segundo lugar, otro sello distintivo de estas últimas, gran parte de la tensión entre los impulsos desviados o insurgentes desde abajo y el orden establecido desde arriba ha sido absorbida, a medida que el mercado se ha apropiado y ha institucionalizado la cultura juvenil casi de la misma forma que con anterioridad lograra encapsular las prácticas de las vanguardias; pero, por tratarse de un mercado de masas, en este caso mucho más a fondo. El resultado es el apoteosis de la mercancía de ídolos como Jackson o Jordan. En tercer lugar, el arco voltaico que conectaba los sistemas altos y bajos, cuyo circuito constituía uno de los rasgos del período moderno, ha ido acortándose a medida que la distancia, que era una de sus condiciones, ha ido derrumbándose progresivamente. El resultado es una mutua caricatura, a medida que ambos convergen en un terreno común: espectáculo de la sordidez en la Royal Academy y pretenciosidad en los Óscars: *Sensation* y *Dreamworks* como formas complementarias de *kitsch*. La literatura, arrastrada al mismo vórtice por los premios en metálico y los gastos en publicidad, genera un Eco o el último Rushdie. Para la revista lo importante es el lado crítico de la situación. A este respecto, se ha invertido el modelo del lado de la producción. Donde antaño se daba un vivo intercambio entre los niveles altos y bajos se ha instalado una polarización que tiende a precintarse a cada cual en sus propios discursos hipertrofiados. De este modo, las formas altas han caído víctimas de las tortuosas rutinas de la deconstrucción filosófica, mientras que las formas populares se han convertido en el paraíso de los «estudios culturales» de tipo infrasociológico. Ambos hunden sus raíces en vetas de trabajo radicales de finales de la década de 1950 y de la de 1960: Hoggart y Williams por un lado, Bataille y Derrida por otro. En términos formales, las respectivas mutaciones continúan identificándose, en su mayor parte, con la izquierda: a decir verdad, en las grandes ocasiones, como se afanan en resaltar los críticos de derecha, prácticamente como la izquierda, por lo menos en Estados Unidos. No obstante, casi siempre no van más allá de una alternativa entre oscurantismo y populismo o, lo que es peor aún, de una mezcla de ambos, haciendo alarde de una extraña combinación de lo demagógico y lo apolítico.

El oscurantismo, como impedimento deliberado del significado, tiene pocos defensores. Por su parte, a veces se piensa que el populismo tiene un potencial progresista. Pero si dejamos a un lado sus orígenes legendarios en Rusia, donde, siguiendo los criterios actuales, habría que considerar a los *narodniki* como unos redomados elitistas, lo peculiar del populismo hoy en día consiste en la simulación de una situación de igualdad vigente entre votantes, lectores o espectadores que no existe en la mayoría de los casos, y que sirve para pasar por alto desigualdades reales de conocimiento o alfabetización: un terreno en el que con demasiada facilidad se encuentran una derecha cínica y una izquierda piadosa. Así pues, no sorprende el hecho de que, de las dos hermenéuticas disponibles, los estudios culturales disfruten de una mayor influencia en la actualidad, ni de que, en sus formas deterioradas, constituyan el principal obstáculo de toda recreación de un sentido natural del movimiento entre lo alto y lo bajo. No faltan análisis encomiables de la cultura de masas que determinan una continuidad con las intenciones originales que animaron la línea Hoggart-Williams. Sin embargo, salvo raras excepciones, la prole de la escuela de Birmingham se ha encaminado a trompicones hacia una adhesión acrítica al mercado como manantial entusiasta de la cultura popular. En tales condiciones, el papel de la *NLR* debería consistir en

tirar resueltamente del lado contrario, procurando evitar toda nota neoleavisiana¹⁰. Las contribuciones de Julian Stallabrass a la revista han dado con el tono preciso, abordando críticamente a la vez los más recientes medios electrónicos, en el ámbito de las salas de videojuegos, así como la última pintura británica, en el punto en el que actúa, en todos los sentidos, para la galería.

En toda revista radical siempre es razonable una tensión entre dos formas de crítica, igualmente necesarias, pero marcadamente distintas. A grandes rasgos, podemos enmarcarlas como los enfoques de la cultura «de vanguardia» y «hegeliano»: el primero empeñado en apuntalar una postura agresiva y apremiante, incluso al precio de la unilateralidad, mientras el segundo se empeña en descifrar de manera más indicativa la inteligibilidad histórica o filosófica de un escenario más vasto: Clement Greenberg y Fredric Jameson destacan aquí, respectivamente, como virtuosos. Ambos estilos no son excluyentes y la revista debería estimularlos por igual. Inevitablemente, la necesidad de uno u otro varía en función del tema o de la coyuntura. En un ámbito como el cinematográfico, las reflexiones más serias sobre el último éxito de taquilla de Hollywood o Elstree, aunque bienintencionadas, son un despilfarro del espacio de la *NLR* en comparación con el tratamiento de directores, sobre todo no pertenecientes al mundo de habla inglesa, que no suelen merecer atención o resultan difíciles de ver. Como contrapeso a las evoluciones negativas del período anterior en la zona metropolitana, ha habido un enorme crecimiento cultural en general, como queda demostrado por la multiplicación de productores periféricos en Asia, África, Oriente Medio y América Latina. En Occidente esta realidad apenas está documentada, de ahí que constituya una prioridad a la que la izquierda debería aplicarse. Un buen texto sobre Hou Xiao Xien, Kiarostami, Sembene o Leduc vale más que cien, por más críticos que sean, sobre Spielberg o Coppola. Una continuación de este procedimiento, trasladado al nuevo cine europeo (Amelio, Reitz, Jacquot, Zonka) supondría una sucesión natural del ciclo pionero de Peter Wollen en la primera *NLR*.

En términos más generales, el tipo de geografía literaria que ha venido elaborando Franco Moretti, en la medida en que centra su atención tanto en el mercado como en la morfología de las formas, proporciona un puente natural entre las zonas de la cultura de masas y de elite, así como, últimamente, un «giro hacia el exterior» de los sistemas globales que propone un modelo diferente. En todos los campos, la *NLR* debería intentar contrarrestar el provincialismo, narcisismo, en realidad, del mundo de habla inglesa, centrando su atención, desproporcionada si es necesario, en las obras y los productores de habla no inglesa. Uno de los rasgos más sorprendentes del panorama inglés actual (y *a fortiori* también del estadounidense) consiste en que, a pesar de que en las escuelas y las universidades se enseñan mucho más las lenguas, las literaturas y las políticas extranjeras que hace veinte años, las referencias culturales de las generaciones más recientes, incluso las más sofisticadas, a menudo son más estrechas, ya que la hegemonía de Hollywood, la CNN y el *Bookerismo*¹¹ ha aumentado exponencialmente entretanto. Basta con echar un vistazo a la este-

¹⁰ En referencia a Frank Raymond Leavis (1895-1978), crítico literario inglés, profesor de Filología inglesa en Cambridge y fundador y editor del trimestral *Scrutiny* (1932-1953). En su actividad crítica, Leavis hizo hincapié en la preservación de la continuidad cultural, amenazada, a su juicio, por la tecnología y los *mass media*. [N. del T.]

¹¹ En referencia al Booker Prize, galardón literario anual para novelas de habla inglesa del ámbito de la Commonwealth instaurado y financiado desde 1969 por la multinacional Booker McConnell. [N. del T.]

la de los actuales estilos periodísticos para darse cuenta de la paradoja. En consonancia con su tradición, la revista habrá de oponerse a esta involución.

9

Editar una revista con este conjunto de preocupaciones siempre ha sido un ejercicio de equilibrio. Conseguir ese equilibrio entre ámbitos tan dispares como el económico y el estético, el sociológico y el filosófico, ya sería un tanto complicado en sí mismo. No obstante, aquí consiguen darse cita todos estos ámbitos, dada la naturaleza de la publicación, bajo la primacía de lo político, que plantea sus propios problemas de definición y selección. La estructura de la revista refleja tácitamente el centro de interés que la organiza: los editoriales y los artículos principales se ocupan por regla general de temas internacionales de actualidad. La *NLR* continúa siendo ante todo una revista política, ajena a todo consenso educado y a cualquier perímetro establecido de opinión. Pero no se trata de una política que absorba los terrenos que aborda. La cultura de cualquier sociedad excede siempre el espectro de la política activa en su seno, como una reserva de significados de entre los cuales sólo un abanico limitado tiene que ver con el reparto del poder, que es el objeto de la acción política¹². Una política eficaz respeta este exceso. Los intentos de reclutamiento forzoso de cualquier ámbito teórico o cultural con fines instrumentales serán siempre vanos o contraproducentes. Lo que no significa indiferencia. La izquierda necesita una «política cultural»; pero lo que esto supone es, ante todo, una ampliación de los límites de su propia cultura. En consecuencia, la *NLR* publicará artículos sin tener en cuenta la relación o ausencia de relación inmediata de los mismos con respecto a las consabidas agendas radicales.

Una transformación fundamental de la época anterior, a menudo comentada, ha sido la migración generalizada de intelectuales de la izquierda hacia instituciones de educación superior. Esta evolución, resultado no sólo de los cambios en la estructura profesional, sino también del vaciado de las organizaciones políticas, de la idiotización de las casas editoriales, y de la atrofia de las contraculturas, difícilmente podrá invertir su curso en los próximos tiempos. No es preciso decir que ello ha generado taras específicas. Recientemente, Edward Said ha llamado nuestra atención sin rodeos sobre las peores de éstas: niveles de escritura que hubieran dejado sin habla a Marx o Morris. Pero la academización ha causado estragos también en otros aspectos: aparatos inútiles, más por hacer méritos que por motivos intelectuales, referencias circulares a las autoridades en la materia, obsequiosas citas de los propios trabajos, etc. En la medida en que lo considere oportuno, la *NLR* aspira a ser una publicación erudita, pero no académica. A diferencia de la mayoría de las revistas académicas de hoy en día, por no hablar de las que no lo son, no deja las notas para el final de los artículos ni recurre a paupérrimas referencias de «Harvard», sino que respeta la clásica cortesía de las notas a pie de página, como indicación de fuentes o como exposiciones tangenciales al texto, asequibles en el acto para el lector. Cuando son necesarias, el autor puede usarlas tan libremente como lo desee. Pero no se aceptará la mera proliferación por la proliferación, esa plaga del exceso de autoridades en nuestros días. Debería ser una cuestión de honor para la izquierda escribir por lo menos tan bien como sus adversarios, sin redundancias ni confusión.

¹² Puede encontrarse un argumento excepcional en favor de la asimetría entre cultura y política en Francis Mulhern, *The Present Lasts a Long Time*, Cork, 1998, pp. 6-7, 52-53, un libro sobre el que la revista volverá en un próximo número.

La revista ofrecerá una sección regular con reseñas de libros y fomentará el intercambio polémico. La *NLR* siempre ha gozado de una ventaja comparativa inmerecida debido a la lengua en la que se publica, ya que el inglés disfruta de un público mundial que no posee ningún otro idioma. A modo de compensación, debería intentar llamar la misma atención de sus lectores sobre obras importantes no publicadas en inglés que sobre aquellas que sí lo están. La reseña de este número proporciona una muestra improvisada de lo que podríamos hacer. En cuanto a las polémicas, tradicionalmente han solido escasear demasiado en las páginas de la revista. Confiamos en cambiar esta circunstancia. El presente número contiene una de ellas, como sucederá en el próximo. Respecto a este tipo de artículos, al igual que en todo el resto de la revista, el criterio no es la corrección política, como quiera que se interprete, sino la originalidad y el vigor del argumento. No se necesitan colaboradores que sean convencionalmente de izquierdas: hay muchas áreas, quizás especialmente en el ámbito de las relaciones internacionales, en las que los argumentos contra los sentimientos piadosos del progresismo habitual, compartido por regla general por los pilares del liberalismo respetable, superan a estos últimos. A menudo, las críticas más devastadoras de la expansión de la OTAN y de la guerra de los Balcanes venían de la derecha. La revista debería acoger intervenciones de este tipo. En cambio, lo que sobran son apologías de las políticas oficiales de la izquierda, muchas de las cuales pudieron escucharse cuando los B-52 despegaron rumbo a Kuwait o a Kosovo. Este tipo de discursos están disponibles todos los días en la prensa del sistema. En este sentido, el valor del intercambio polémico debería situarse lejos de esta zona saturada de cloroformo.

Por último, quisiera referirme a la ubicación de la revista. La *NLR* es una publicación concebida en Gran Bretaña, un Estado cuya vida cabe esperar que no se prolongue demasiado, por los motivos mordazmente expuestos por Tom Nairn. Por tal motivo, es mucho lo que ha tenido que decir sobre el Reino Unido, y no dejará de hacerlo ahora. Al mismo tiempo, muchos de sus editores viven o trabajan actualmente en Estados Unidos, país al que la revista también ha dedicado un sinnúmero de páginas. Durante dos décadas, los escritos de Mike Davis acerca de Estados Unidos, que ha sido el colaborador más constante desde este país, han dejado una huella imborrable. No hay que olvidar tampoco los antecedentes europeos, que estimularon la mayoría de las ideas que dieron origen a la publicación. El alcance de la *NLR* siempre ha sobrepasado esta línea de base occidental. Pero, aunque la revista ha cubierto el resto del mundo –tanto el Tercero y el Segundo como el Primero, si es que estos términos siguen siendo válidos– en la fortuna y en la adversidad, según el período, sus autores han continuado procediendo esencialmente de sus tierras de origen. Nos gustaría que esto cambiara. Llegará un momento en que los colaboradores de la *NLR* serán tan no atlánticos como sus contenidos. Por el momento, este objetivo está fuera de nuestro alcance. Pero es un horizonte que hay que tener presente.